

ISABEL MARTÍN

EL
BUCLE
INFINITO



Un misterioso libro centenario y un viaje en el tiempo que cambiará la historia para siempre. Una aventura trepidante que no podrás parar de leer.

Los miembros de la familia Serrietz tiene en su poder desde hace casi quinientos años, un misterioso manuscrito y una leyenda: en el momento en que sus secretos ocultos salgan a la luz, el curso del tiempo cambiará para siempre.

Cuando el valioso objeto llega a sus manos, Julia decide embarcarse en la búsqueda de su origen. Para ello contrata a Miguel, un joven restaurador que poco a poco irá desenmarañando los símbolos y los mensajes del manuscrito hasta llegar a una pregunta clave: ¿cómo es posible que un manuscrito del siglo XVI contenga explicaciones científicas para descubrimientos modernos como el ADN?

En este *thriller* histórico, Isabel Martín nos introduce en un fascinante universo donde los protagonistas viajarán en el tiempo hasta el siglo XVI, viviendo una aventura que nos recuerda que todo gran final es siempre el comienzo de una nueva historia.

Son innumerables las cosas que están ocultas en la naturaleza, que aunque las vemos no pueden comprenderse fácilmente la razón y modo de ellas.

ANTOINE MIZAULD (1510-1578)

Prólogo

Los quinientos años de oscuridad se rompen con la luz difusa de la linterna, dorada de polvo y telarañas. Los ojos se achican, la humedad se hace más densa. La mujer tose y el hombre se acerca al hueco de apenas veinte centímetros de diámetro que se abre a un interior aún oculto a las miradas. El hombre apoya una mano impaciente en los adobes carcomidos, nota el olor de los siglos y siente un escalofrío de anticipación. Pide la linterna y la mujer se la entrega en la mano extendida. El haz de luz se introduce como una lanza en el pasado.

Es un hueco pequeño, de apenas un metro de ancho y unos centímetros de fondo. Un pequeño cubículo robado a la cueva. La luz se pasea por las paredes de roca oscurecida, reacia a enfocar la verdadera razón de que estén allí.

—¿Qué ves? —pregunta impaciente la mujer—. ¿Hay algo?

—Sí.

En el suelo, junto a la pared de roca, yace un amasijo de telas descoloridas coronado por una cabeza que aún mantiene unos pocos mechones de pelo. Las manos, la única otra parte del cuerpo que queda a la vista, parecen enguantadas en pergamino. Una de ellas, la derecha, yace exánime sobre el muslo; la otra sujeta en el regazo un pequeño cofre ennegrecido. El rostro, de mejillas hundidas y reseca, tiene la boca abierta en un grito mudo y los dientes grandes y oscuros sobresalen de la piel momificada.

—¿Qué ves? —vuelve a preguntar la voz con excitación.

Silencio, el hombre jadea como si hubiera corrido una gran distancia; la voz de la mujer, ansiosa, empuja, insiste.

—Dime algo.

—Joder, está aquí —contesta el hombre. Su voz tiene un tono de incredulidad y a la vez de euforia—. Lo hemos encontrado.

1

Cuando la puerta se abrió con su tintineo característico, supe que era ella, a pesar de la capucha que casi le ocultaba la cara. Se quedó allí, de pie, sacudiéndose el agua del abrigo, como un perrillo mojado, encogida por el frío y por la mirada un tanto desdeñosa del camarero que estaba junto a la entrada. O eso supuse. Se la veía tan fuera de lugar, tan indefensa, que me equivoqué completamente al juzgarla.

—El paraguas, en el paragüero.

Imaginé por el gesto que el camarero le decía algo parecido y que ella le contestaba sin mirarle que no tenía paraguas mientras me buscaba entre las mesas.

La lluvia y el viento habían convertido el paseo de Recoletos en un páramo inhóspito y El Pabellón del Espejo, una burbuja de otro tiempo en medio del tráfico de Madrid que yo solía utilizar de escondrijo, estaba más concurrido que de costumbre, pues servía como refugio a los transeúntes que habían desafiado al dios de la tormenta.

Me gustaban esos días. El mal tiempo me ofrecía la coartada perfecta para permanecer más de lo previsto en el trabajo. Mi madre no iba a llamarme, ni mis amigos, ni aquella novia casi invisible que aparecía de vez en cuando en mi vida y que cada vez me fastidiaba más. Estaba lloviendo y, cuando llueve en Madrid, los planes se posponen a la espera de una mejoría que nunca está lejos.

La había citado allí porque quedaba al lado de mi lugar habitual de trabajo, los sótanos de la Biblioteca Nacional,

que se desdibujaba tras el manto de agua al otro lado del paseo.

Era una cita de trabajo, pero con unas condiciones de hermetismo que no solían exigir mis clientes.

Levanté la mano y enseguida vino hacia mí sin hacer ningún ademán de reconocimiento, con la misma seriedad que si la estuvieran invitando a sentarse ante un tribunal de oposición. Casi podía escuchar el chapoteo de sus pasos en el piso de mármol, aunque eso era también parte de mi cosecha, pues con el barullo que había en el café era imposible percibir un sonido tan leve.

Le eché un vistazo general mientras llegaba hasta mi mesa y se quitaba el abrigo, que no había conseguido proteger el pantalón de las manchas de lluvia. No tendría más de veinticinco años, aunque el pelo estirado y recogido en una coleta y la ropa oscura y sin forma le daban un aire envejecido. El rostro anguloso, de facciones afiladas, se suavizaba con unos labios grandes, pálidos y carnosos que contradecían su aspecto general de contención. Las manos largas, de uñas cortas, casi desaparecían bajo las mangas de una chaqueta negra de punto cuyos puños estiraba de vez en cuando como en un tic.

Me miraba muy fijamente, con el ceño un poco fruncido, como si no se creyera que yo era quien decía ser.

—¿Miguel Saguar? —Tenía una voz mucho más enérgica de lo que esperaba y me estrechó la mano con un fuerte apretón que contradecía su aspecto anticuado—. ¿Cómo me has reconocido?

—Internet.

La había encontrado en la foto de un congreso de no sé qué que se había celebrado en Madrid hacía poco.

—El Congreso de Biofísica. —Julia Serrietz parecía dispuesta a ir al grano—. Me han dicho que eres uno de los restauradores con más prestigio de la profesión y yo quiero al mejor. Pero necesito saber si, además de restaurar, serías capaz de transcribir el texto del libro.

Le dije que esa no era mi especialidad y que podía recomendarle a varios profesionales competentes, pero ella no quería que interviniera nadie más en el asunto. Yo debía ser la única persona que viera el libro.

Tanto misterio me parecía una chorrada, pero el cliente... ya se sabe. Me arrellané en el respaldo de la silla y le pregunté por el tipo de transcripción que se suponía que tenía que hacer. ¿Era un libro escrito en castellano?

—Creo que sí. Está datado entre los siglos XVI y XVII. Pero está muy deteriorado, no se puede leer bien el texto.

Aquello me tranquilizó. Afortunadamente un libro de esa época era bastante legible si se estaba acostumbrado a ello, aunque seguía sin entender algo.

—¿Puedo preguntar por qué es necesario que el trabajo lo haga una sola persona?

—No, no puedes.

No supe qué contestar. Aproveché que el camarero estaba cerca para dejar que ella pidiera un café mientras yo tomaba un sorbo del mío esperando que continuara. Se sentó erguida, al borde del asiento de terciopelo rojo que tan poco le pegaba. Permanecimos en silencio hasta que le trajeron el café mientras yo contemplaba sus manos, que no paraban de toquetear el azucarero, lo que supuse se debía a inseguridad y a nervios. Qué poco la conocía.

En el exterior, las nubes negras de tormenta se arremolinaban sobre la plaza de Colón y los árboles del paseo parecían esculturas clamando al cielo por su desnudez. Siempre he sido un poco excesivo con las imágenes.

—Este libro es muy importante para mí —siguió—. Estoy dispuesta a pagarte una suma considerable si aceptas el trabajo.

Insistí. Yo no tenía ninguna experiencia en ese campo. Todos los restauradores, si además han estudiado Historia, como yo, tienen ciertos conocimientos de castellano antiguo y otras lenguas romances, pero suponía que ella necesitaba un profesional.

—Me arriesgaré.

—Como quieras. Pero te advierto que, si no quedas satisfecha con el trabajo, no devuelvo el dinero.

—Me parece justo —dijo tan seria como siempre, sin responder a mi broma, ¡por Dios!—. Entonces aceptas.

Antes, le dije, tenía que ver el ejemplar, evaluar los daños y comprobar si era capaz de transcribir el texto. Pero ella, sin bajar ni por un segundo la guardia, volvió a sorprenderme.

—No quiero que veas el libro antes de comprometerte con el trabajo.

Aunque me mostré irritado y dubitativo a la hora de aceptar, no dio su brazo a torcer. Era más terca que una mula.

—Estas son mis condiciones.

Su voz era firme y segura, como la de alguien acostumbrado a mandar, aunque no era capaz de imaginarla en ningún puesto ejecutivo.

—El libro está en la caja fuerte de un banco y no voy a sacarlo de allí hasta que aceptes el trabajo y me firmes un documento de confidencialidad —dijo—, pero te aseguro que no te vas a arrepentir. Este va a ser el trabajo más importante de tu vida.

Yo estaba tan asombrado que no sabía qué decir. Permanecí en silencio unos segundos analizando los pros y los contras de todo aquello. En primer lugar, no sabía qué credibilidad conceder a aquella mujer que parecía un poco chiflada. Y, sin embargo, me producía curiosidad su aspecto anticuado y su brusquedad, casi graciosa de tan extrema. También me tentaba, tengo que reconocerlo, el misterio que rodeaba el asunto, el hecho de que pudiera ser, de verdad, un trabajo tan especial. Pero, por otra parte, estaba la Biblioteca, el libro de horas que acababa de comenzar y también la novela eterna para la que llevaba toda la vida documentándome y que siempre era la excusa perfecta para dejar de hacer lo que no quería hacer.

Solía trabajar en la Biblioteca, pero no era funcionario. Nunca había querido entrar en su engranaje burocrático. Era personal contratado por obra; trabajaba en proyectos concretos y cuando estos acababan también lo hacía mi contrato. Aunque, en la práctica, siempre estaba más o menos relacionado con ellos, tenía la potestad de dedicarme a trabajos privados cuando las circunstancias así lo requerían.

Ella consultó el reloj de su muñeca sin disimulo y esta vez sí me miró a la cara fijamente, esperando una respuesta. Tenía los ojos muy negros, con unas largas pestañas que parecían más oscuras por la palidez de la piel que las rodeaba. Me recordó una *madona* renacentista, digna, erguida, de pelo tirante sujeto en un moño invisible y un óvalo de cara casi perfecto. Incómodo por su escrutinio, decidí aceptar su propuesta y le prometí que intentaría hacer el trabajo lo mejor posible.

—Pero sigo sin entender todo este misterio.

—No tienes por qué entenderlo —replicó—. ¿Cuándo puedes empezar?

—Cuando quieras.

—El libro no podrá salir de mi casa. Irás allí a trabajar. ¿Hay algún problema con eso?

Claro que había un problema y muy gordo. No iba a permitirle que me mangoneara de aquella manera. Tenía que dejar las cosas claras desde el principio. Agarré el anorak y la bufanda, dispuesto a levantarme en cualquier momento. Hasta entonces había aceptado todas sus condiciones, pero aquello no era negociable. En mi casa tenía un laboratorio muy bien instalado, incluida una caja fuerte ignífuga de última generación. Muchos de los libros que restauraba eran ejemplares únicos de gran valor.

—Tendrás que fiarte de mí y prestarme el libro. No te preocupes, no correrá ningún peligro.

Pareció dudar por primera vez desde que nos habíamos encontrado.

—Está bien. Pero quiero estar allí mientras trabajas. Abrirás y cerrarás la caja fuerte en mi presencia y me darás la llave.

Esa mujer me iba a complicar mucho la vida, lo sabía. Tuve que hacer un esfuerzo para no largarme de una vez y dejarla allí, con su flequillo mojado y su pinta monjil. Obviamente, no había ninguna llave. ¿Qué se creía, que tenía una caja fuerte del siglo XIX?

—Mira —dije, intentando contemporizar—, esto no va a funcionar si me tratas como si fuera un destructor en serie de libros antiguos. Puedes venir a mi casa cuando quieras, puedes quedarte todo el tiempo mirando cómo trabajo, aunque te vas a aburrir como una ostra, pero no tienes más remedio que confiar en mí. A tu libro no le va a pasar nada, te lo garantizo.

Se mordió el labio con fuerza y pareció reflexionar sobre mi propuesta. La observé mientras lo hacía. A pesar de tener unos rasgos agradables, su rigidez le hacía perder todo el atractivo.

—Confiaré en ti. —Se levantó de la mesa sin tocar su café—. ¿Puedes empezar mañana? Sacaré el libro del banco y te lo llevaré donde me digas.

No podía empezar así como así. Tenía asuntos que arreglar, dejar encauzado el trabajo en la Biblioteca, hablar con mis jefes para que buscaran un sustituto y también con mi casi exnovia para decirle que estaría ocupado, a lo que ella respondería con algún reproche desganado y una despedida indiferente. Después de concretar nuestra primera cita, me levanté. La reunión había terminado.

—¿Y después te dedicarás al libro en exclusiva? —preguntó mientras se ponía el impermeable.

—Te lo prometo. Nada de alcohol ni de mujeres hasta que ese dichoso libro esté tan limpio como mi conciencia.

—Espero que en tu trabajo seas más serio.

—Más serio que una inspección de Hacienda. No tendrás que reírte ni una sola vez.

Nos despedimos con un rápido apretón de manos, tan formal que tuve que ocultar una sonrisa, y ella se alejó caminando paseo de Recoletos abajo hacia Cibeles. La lluvia había parado, aunque el viento seguía soplando con fuerza, lo que no parecía molestarla. Hacía mucho frío, nada típico del mes de abril, pero me quedé un rato mirando la figura de aquella mujer que había irrumpido en mi vida de una forma tan sorprendente. Era delgada, demasiado para mi gusto, y eso hacía que pareciera más alta de lo que era en realidad: apenas metro sesenta y cinco, calculé. Caminaba con decisión, con la cabeza un poco inclinada para protegerse del viento. Toda ella gris, ni siquiera el pelo castaño aportaba color a aquel conjunto. Se me ocurrió entonces que no sabía absolutamente nada de ella salvo que trabajaba en el CSIC, que tenía un valioso libro del siglo XVI y que era la mujer más huraña que había conocido en mi vida. O no.

En ese momento recordé a mi abuela; hacía mucho que no pensaba en ella. Había muerto cuando yo aún era un adolescente. Por extraño que pareciera, Julia me recordaba a esa abuela arisca y antipática con la que, para mi desgracia, pasaba los veranos en el pueblo y que, más que abuela, era una carcelera dedicada a impedirme cualquier atisbo de diversión. Mi abuela era muy bajita, con una enorme delantera, un pelo blanco y brillante que llevaba siempre recogido en un moño y unas gafas de cristales oscuros que nunca se quitaba. Sus otros rasgos fundamentales eran que nunca se reía, nunca besaba, salvo los besos secos de recibimiento y despedida de las vacaciones y nunca mostraba el menor gesto de cariño o de intimidad. Por eso, cuando murió de pulmonía, no sentí apenas su pérdida. Estaba a punto de empezar la universidad y tenía demasiado recientes sus continuas prohibiciones y malas caras. Pero, para mi sorpresa, cuando se leyó el testamento, descubrí que mi abuela me había dejado su casa de Madrid y una carta en la que me decía lo mucho que me quería y lo feliz que ha-

bía sido teniéndome con ella todos los veranos. La carta terminaba así:

Perdona si he sido demasiado dura contigo, nunca he sabido mostrar mis sentimientos, ni siquiera a tu madre o a tu abuelo, que en paz descanse. No repitas mis errores, Miguel, cuando quieras a alguien díselo, hazlo feliz y sé feliz tú también.

Cuando le di a leer la carta a mi madre, se echó a llorar. No había visto llorar a la vieja, ni siquiera en el entierro, y aquello se me quedó grabado para siempre.

Quizá Julia era como mi abuela, pensé mientras la veía alejarse, una mujer atormentada que era incapaz de relajarse y mostrar algún sentimiento. Sacudí la cabeza riéndome un poco de mí mismo mientras me abrochaba el anorak y me envolvía el cuello con la bufanda. Sería mejor que me pusiera en marcha y solucionara todos mis asuntos antes de seguir con el psicoanálisis. Ya tendría tiempo de pensar en ello en algún lugar menos desahuciable.

El lunes siguiente, a las nueve en punto de la mañana, sonó el timbre. Iba vestida con la misma ropa que en el primer encuentro, o parecida, pero esta vez llevaba el pelo recogido en un moño más tirante aún que la coleta que reafirmaba su aspecto de *madona*. La única diferencia era que, contra la gabardina gris, como si fuera la carpeta de una adolescente, sujetaba un paquete envuelto en un incongruente papel de regalo con globos de colores.

—Aquí traigo el libro —dijo casi susurrando, como si fuera un camello al mostrar su mercancía.

—Me lo imaginaba —respondí también en voz baja. Cada vez me divertía más—. Pasa.

Mi piso, la herencia de mi abuela, tenía la típica distribución de las viviendas del centro de Madrid. A la derecha de la entrada se abría a un salón bastante grande con dos bal-

cones a la calle y a la izquierda un pasillo conducía hacia el interior de la casa. Siguiendo mis indicaciones, Julia se sentó en uno de los sofás que miraban a los balcones. Estaba muy orgulloso de mi salón pintado de blanco y con muy pocos muebles, todos de colores neutros. Me gustaba que casi no hubiera ningún color salvo el que daban algunas piezas especiales que eran mis tesoros. Una virgen románica sobre un pedestal de metacrilato, el facsímil de un beato abierto en un atril junto a una chimenea que no funcionaba y unos originales de diversos documentos antiguos enmarcados en la zona del comedor.

—Me gusta tu casa —dijo para mi sorpresa—. No se parece a ti en absoluto.

—Vaya, gracias.

Julia se ruborizó en una explosión de color que le iluminó la cara.

—No era una crítica.

—No te preocupes —le dije—. Siempre me pasa. No tengo un aspecto muy sofisticado que digamos, pero te aseguro que la casa la he decorado yo de arriba abajo.

—No, no es eso...

Me reí para sacarla del apuro.

—Dejemos mis problemas de imagen. ¿Puedo ver el libro?

Hasta ese momento había mantenido el paquete contra el pecho. Ni siquiera se había quitado la gabardina. Ahora lo hizo y para ello dejó el envoltorio sobre la mesita frente al sofá.

—No, espera —saltó cuando me incliné para cogerlo—. Antes tengo que contarte los antecedentes.

—Te escucho.

Suspiré y me volví a recostar en el asiento. Había decidido seguir el juego a aquella mujer tan extraña que cada vez me sorprendía más.

Su padre era abogado, me contó; su abuelo, profesor, y sus antepasados se habían dedicado al comercio desde ha-

cía siglos. En su familia también había habido algún que otro funcionario. A nadie, sin embargo, le había dado por la ciencia. Ella era la primera, y también la primera mujer de su familia que tenía una profesión.

—O, al menos, eso creía hasta hace poco.

—¿A qué te dedicas exactamente?

—Física teórica. No se me da muy bien la gente.

Abrí la boca y la volví a cerrar. Mejor sería guardarme los sarcasmos. No tenía ni idea de lo que podía significar ser física teórica, pero me abstuve de preguntar. No iba a entender nada.

—Como te decía, siempre creí que yo era la primera mujer científica de la familia. Hasta hace pocos meses, antes de la muerte de mi padre.

Cuando su padre se jubiló le dio por la genealogía e intentó descubrir sus orígenes. Se había pasado sus últimos años entre legajos y, por lo visto, se había convertido en un experto en brujulear por las bibliotecas y los archivos de toda España. Finalmente, consiguió completar el árbol genealógico hasta finales del siglo XVI, pero, al hacerlo, descubrió que el apellido Serrietz había aparecido en 1562 de la nada. No había referencias previas a nadie con ese nombre. Literalmente, sus antepasados de 1562 habían brotado como una seta.

—En la partida de nacimiento del primer Serrietz registrado solo figuraba el nombre de la madre: Julia Serrietz, como yo.

—O sea que llevas un nombre con solera familiar.

—En casi todas las generaciones de mi familia ha habido una Julia.

—El apellido es extraño, la verdad —dije—. Pero no el hecho de que no apareciera el padre en la partida. En aquella época era bastante corriente.

Mientras yo hablaba, ella iba desenvolviendo el paquete. Primero el papel de regalo, que a la vista de su contenido debía de ser una especie de camuflaje. Este envolvía